

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cénts.
25 núms. 75 cénts.

Valdepeñas 8 de Julio de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 185.

Con que ¿Nos vamos?

Supongo habrán oído mis lectores alguna vez por esos mundos de Dios la curiosa noticia de que el Catolicismo se va. Más de seiscientas por lo menos la he oído yo, pero una sobre todo en que me divertí en extremo.

Érase un cierto señor patilludo y barrigudo que conmigo viajaba en ferrocarril, y agotado con otros compañeros el fecundo tema de una conversación de negocios, dióse mi buen hombre (bolsista por más señas) á hablar de Religión; echando sobre eso tal barbaridad que no había por donde cogerla. Una de las más repetidas y que aseguraba el filósofo-bolsista con acento de mayor convicción era la de que el Catolicismo se va.

«Se va, decía él, sí, señor mío y se va á toda prisa. Porque vamos á ver, ¿quién le hace caso hoy á la Iglesia católica? ¿quién cree sus dogmas? ¿quién observa sus prácticas? Nada, concluía, dentro cincuenta años se va á estudiar el Catolicismo como una rara antigüedad, como una mitología pasada de moda, como un fósil prehistórico y nada más. Desengáñese, señor mío; el Catolicismo se va.»

Y dirigiéndose á mí con aire risueño, y afectando á la vez maneras de buena educación: «Vaya, concluyó, señor Cura, no se escandalice usted y consuéllese. Pero no hay que darle vueltas al asunto. Decididamente ustedes se van.»

Precisamente no aguardaba yo más que una alusión cualquiera del famoso parlanchin para tomar cartas en aquella sin igual controversia. Figúrense mis amigos si la dejaría pasar.

—Amigo mío, le dije; ya ve usted que si nos vamos del mundo los católicos, es decir, si se va de él el Catolicismo, que es lo que usted quiere decir, es lance ese que me interesa muchísimo, pues al fin Cura católico soy, por la misericordia de Dios. Vamos, pues á examinar detenidamente este punto, que ya ve usted me toca muy de cerca.

Con que ¿nos vamos? Lo primero que he de responder á usted es que siglos há que andan diciendo lo mismo los que nos quisieran idos, y la verdad es que siempre nos vamos, pero nunca nos acabamos de ir. ¡Buenos deseos de ustedes y nada más! Cuando los judíos hubieron crucificado y sepultado y guardado con centinelas y sellos al Salvador, creían á fe que todo aquel asunto de sus predicacio-

nes era cosa acabada ya; y así lo andaban repitiendo muy satisfechos. Pero ¡señor! vea usted lo que son las cosas. Aquello tan completamente acabado no hacía más que empezar. Empezaba con un sepulcro; es verdad, pero no se fie usted de sepulcros de los que se resucita al tercer día. El hecho fué que los escribas y fariseos y Herodes y Pilatos y Anás y Caifás y la demás comparsa de revolucionarios de entonces se quedaron tan chasqueados.

Después de ellos hubo tres siglos de fiera persecución. Tres siglos nada menos. Uno de los emperadores que más se distinguieron en esta campaña contra los cristianos llegó á creer de veras que los había extirpado del mundo hasta la raíz. Hasta mandó ¡el muy necio! acuñar moneda, en cuya inscripción al rededor de su busto jactábase ¡el muy loco! de haber borrado el nombre cristiano (*superstitione deleta*). Pues ya ve usted. Ni por esas. Diez y seis ó más siglos han pasado desde esta ocurrencia del pobre emperador: su moneda ha quedado conservada para memoria del chasco, y el Cristianismo también para repetirlo á quien se la quisiera tener fijas con él.

Desde entonces ¡cuantos intentaron lo mismo! Pero ¡cál! él terne que terne en no dejarse matar. De chico le vino el ser testarudo y amigo de pegar esas burlas. Filósofos y reyes, potentados y turbas, todos quisieron ensayar su piedrecita contra el gigante. Nadie podía contra él, y él no hacía sino sonreír compasivamente, arrumbar esos trastos á un lado de su camino... y seguir. En el siglo pasado dábanle ya por muerto... y también fué equivocación. ¡Cómo ha de ser! Al fin y al cabo habrán de convencerse de que es inmortal.

Hoy mismo dicen que hay señas de vejez y decadencia; yo no las veo sino de eterna juventud.

Cuerpo á quien todos atacan y que á todos resiste y á todos desespera, joven y robusto debe de ser. Y el Catolicismo sostiene hoy batalla en todo el mundo conocido, ¡y no se rinde! Luego tiene alguna fuerza aún.

Cuerpo á quien no se le ha agotado su fecundidad, que produce y engendra desi cada día nuevos y lozanos frutos, no es cuerpo viejo sino de virilidad. Y el Catolicismo fundaaún obras admirables, crea instituciones magníficas, y nuestro siglo muestra en esto un espectáculo consolador. Luego el Catolicismo no envejece.

Cuerpo que sigue creciendo y desar-

rollándose, cuerpo vivo es. Y ved al Catolicismo creciendo sin cesar y extendiendo sin cesar por obra de sus misioneros, su inconmensurable frontera. La América descubierta hace tres siglos, está ya toda ocupada por él. La Oceanía, hace poco abierta á los marinos, es ya toda patrimonio de la fe. Este desarrollo demuestra alguna vitalidad.

Cuerpo que herido derrama la sangre y la derrama hirviendo y espumosa, no es un cadáver. Y el Catolicismo tiene aún sangre caliente en sus venas y la ha derriamado más de una vez en este siglo á manos de sus enemigos. Religión que tiene mártires viva es, y el Catolicismo los ha tenido en nuestros mismos días con profusión.

Cuerpo á quien muchos temen y de quien muchos hablan y á quien muchos odian, no puede ser cuerpo muerto. A los muertos no los temen sino los niños y las mujeres. Y la Revolución es demasiado barbuda para temer como un niño ó una mujer. Cuando teme, pues, á la Iglesia, cuando procura atarla corto, cuando por boca de uno de sus más listos corifeos (hoy ya en manos de la justicia de Dios) dice: «¡Este, este es el enemigo!» por fuerza habremos de creer que no está muerta la Iglesia sino muy viva, tan viva que todos sus enemigos han de guardarse y precaverse de lo que ella pudiera intentar.

Y á la verdad es este un argumento que no tiene contestación. La eterna pesadilla de los revolucionarios es el Catolicismo. Si habla, si calla, si respira fuerte, si se menea, si se reúne, si legisla, si tiene dinero, si no lo tiene, todo les preocupa con no sé qué clase de extraño pavor. ¡Es singular rareza ésta de un enemigo muerto y podrido y medio enterrado, contra el cual, sin embargo, sus enemigos han de estar en perpetua centinela! ¡Habrá muerto más vivaracho que el de que tratamos aquí!

El mundo está lleno de falsas sectas que se quieren llamar con el dictado de Religión, que solo la verdadera merece. Pues notadlo. Los periódicos y los parlamentos, los diplomáticos y los Gobiernos, los partidos y los clubs, á ninguna cuestión religiosa conceden importancia alguna sino á las cuestiones religiosas que proceden del Catolicismo. Que se agiten los protestantes, que hagan ó dejen de hacer los mahometanos, que tengan ó no proyectos los judíos ó los budistas, nadie se conmueve, ni les concede un

minuto de atención. Sólo las cuestiones católicas son para el mundo actual las verdaderas cuestiones religiosas. Luego el mismo mundo actual, impío como es; á nadie sino al Catolicismo concede los honores y el tratamiento de verdadera Religión. Sí, nosotros lo decimos, señor mío, y ustedes lo certifican. El Catolicismo está vivo, muy vivo, y si fé de vida necesitase ustedes se la podrían dar.

Contra estas verdades que el observador imparcial ve por sí mismo sin necesidad de anteojos, se alega el hecho evidente de la cada día creciente epidemia del ateísmo en nuestras sociedades. El ateísmo avanza, se dice, y lo que éste avanza lo pierde el Catolicismo. Luego es cierto que el Catolicismo se va.

Este argumento, que presentamos en toda su crudeza, parece concluyente, pero no lo es.

El ateísmo crece, pero no todo lo que crece se lo toma al Catolicismo, sino á la gran masa de católicos indiferentes, ó mejor, de católicos de sólo nombre que existieron en todos los siglos, y que hoy á favor de un cúmulo especial de circunstancias forman bajo la bandera del ateísmo.

Además, el que sean hoy menos que en otros siglos los buenos católicos, nadie lo negó jamás. ¿Quién no confiesa que el ataque contra el Catolicismo es más general que nunca en el día de hoy? ¿Quién no reconoce que son más numerosos que nunca sus enemigos, que son más fieros, que andan más envalentonados? Mas no se sigue de esto que desaparezca el Catolicismo. Antes bien su poderosa resistencia, ante tan colosal ataque, prueba, hoy mas que nunca, su vitalidad.

¿Por qué aparecen hoy más numerosos los enemigos? ¿Por qué se presentan más envalentonados? Porque es suyo, enteramente suyo, el mundo oficial. Gracias al liberalismo, dominan en todas las esferas gubernativas. Por qué medios lo han alcanzado, hártolo sabemos todos. Desde este alcázar oficial, que todos sabemos cuán fuerte es, procuran ante todo con una mano tener agarrotada y encadenada á la Iglesia, dispersos sus Institutos religiosos, oprimido su clero, vejada su enseñanza, paralizada hasta donde se puede su influencia. Con la otra protegen á toda secta enemiga de Dios: á la luz del día fomentan los ritos masónicos; ser anticatólico es título de recomendación para hacer carrera; dan al pobre ciudadano envenenadas las fuentes de la ense-